

Bdelicleonte.— ¡Tarugo! ¿no ves que en breve van a venir sus colegas de juzgado a buscarlo?

Sosias.— ¿Qué estás diciendo? ¡Si aún no ha amanecido!

Bdelicleonte.— ¡Por Zeus que sí, ahora se levantan muy tarde! Ellos andan a media noche cantando los versos sidonios de Pirrinico, al brillo de sus linternas. Y desde afuera lo están llamando.

Sosias.— Si es menester, los corremos a pedradas.

Bdelicleonte.— ¡Tonto!, esos viejos son malos. Cuando se enojan se parecen a las avispas: llevan sobre el trasero un agujón picante y van picando mientras saltan y dan voces. Parecen chispas.

Sosias.— No te dé cuidado. Con tal de tener piedras, los echo a volar.

Se meten y sale el coro formado de viejos con sus bordones y con una larga punta atrás, como si fueran avispas.

Corifeo.— ¡Adelante, a fuerte paso! Oh Comias, no te retrases. Antaño no eras así, por Zeus que sí. Tenías un tenor de perro. Pero ahora Carianides te saca ventaja andando. ¡Ah, Estromoro el de Contilo, que es el mejor de los jueces! Y ¡ino van allí acaso Evergides y Cebes el de Flía?

¡Esto es todo lo que resta de aquella briosa juventud cuando tú y yo hacíamos de centinelas de Bizancio...! ¡Ah, fue cuando robamos de una panadería su mortero al panadero y nos fuimos a cocer verdolagas después de hacer astillas el artefacto...!

Vamos, señores, entren: hoy es día de la Torre de Lakes. Dicen todos que tiene su dinerito muy bien guardado. Ayer ordenó Cleonte que viniéramos y bien provistos para tres días, aunque fuera de cólera para castigar sus malos hechos.

Vamos, mis compañeros, antes de que luzca el día. Vamos y al ir en marcha, mucho cuidado a los lados, con la lámpara

en alto, no vaya a ser que una piedra nos cause tropiezo.

Sigue el Coro andando y los niños con antorchas lo van guiando.

Un niño.— ¡El lodo, papá! ¡Papá, cuídate del lodo!

Corifeo.— Alza una paja del suelo y despabila tu lámpara.

Niño.— No, que me basta el dedo para despabilarla.

Corifeo.— ¿Cómo con el dedo? La mecha se hará más larga y está tan caro el aceite. Como que a ti no te cuesta, tú no tienes que pagarlo. (Le da un soplamocos.)

Niño.— ¡Ah, sí? ¿Conque ésas tenemos? Sigán dando sus moquetes y nos largamos a casa, por Zeus que sí! ¡Apagamos las linternas y regresen como puedan, solos y a oscuras... ¡bah! Y si se quedan a oscuras chapotearán en el lodo, como si fueran patos!

Corifeo.— ¡Esta sí! Yo que he castigado a gente más grande que tú. ¡Ah!, pero me voy atascando en el lodo! ¡Ay si nos mandara el cielo un buen aguacero en el término de cuatro días...! ¿Ven que ya tienen moho las cubiertas de las linternas? Si eso resulta, es que viene una buena temporada de lluvia. Andan atrasados los frutos y están pidiendo a gritos su regadita, con la ayuda del viento del norte.

Se detiene el Coro ante la casa de Filocleonte.

¿Qué pasa con nuestro colega, el que vive aquí; por qué no aparece para reunirse con la compañía? ¡Nunca había pasado eso! El siempre iba adelante cantando versos de Frinico. Como que es un hombre amante de la música. Eso quiere decir que aquí tenemos que estacionarnos y cantar, señores, hasta que la música lo llame. Tal vez al oír nuestras canciones, salga luego lleno de placer.

Coro: Estrofa.— ¿De dónde procede este hecho de que el viejo no se presenta y ni siquiera responde? ¡Si perdería las chinelas! O andando a oscuras se dio un buen tropezón y --

tiene torcido el tobillo. ¡Claro, como está tan viejo! ¡O le ha salido un chipote?

Antes fue el más decidido y el más terco entre nosotros. Por más que le suplicaran, él bajaba su cabeza y decía solo el proverbio: Intentas cocer una piedra.

Antistrofa.—¡No vaya a ser por causa de ese hombre que ayer intentaba escabullirse, engañándonos! El afirmaba que era amigo de Atenas y que él primero que nadie había dado a conocer aquello de Samos. Eso lo tendrá en ascuas y tal vez hasta fiebre tenga y esté bien acostado. Porque así es este hombre.

¡Epa, amigo: levántate y no te dejes abrumar por las cosas que trae la suerte! Acaba de caer un pollo gordo, uno de los que entregaron lo que nos pertenece en Tracia. ¡Hay que echarlo a cocer!

Niño.—Adelante, adelante.

Niño: Estrofa.—¿Quieres oírme un momento? ¡Algo te quiero pedir!

Corifeo.—¡Claro que sí, mi chiquito! Di, pues que quieres que yo te compre. ¿Un juego de huesos para jugar a la taba, verdad, niño?

Niño.—No por Zeus, sino higos secos, Papacito, es lo mejor.

Corifeo.—¡Eso sí que no, muchacho, aunque te ahorques de rabia!...

Niño.—¿Ah, sí? No sigo alumbrando. Por Zeus que no.

Corifeo.—...con tan desmedrado salario tengo que hacer mi gasto: infeliz como soy de tercer grado..., tengo que comprar harina, leña, carne... y ahora sales pidiendo higos.

Niño: Antistrofa.—Ahora bien, papá: ¿si al arconte se le antoja que hoy no se instale el tribunal, con qué vamos a

comprar el almuerzo? ¿Tienes alguna esperanza para darnos, o nos vas a señalar el camino del precipicio de Heles?

Corifeo.—¡Por Zeus, oh miserable de mí, no sé con qué vamos a comer hoy tú y yo!

Niño. (Declamando.) —¡Pobre madre desdichada! ¿por qué me diste la vida?

Corifeo.—Para que me dieras tú el trabajo de nutrirte.

Niño.—¡Ay morralito mío, eres un adorno inútil!

Unidos los dos.—¡Ay, ay, ay... juntos hemos de sufrir!

Aparece Filocleonte asomándose por una claraboya.

Filocleonte.—¡Amigos míos, hace tiempo que desde esta abertura estoy oyendo sus voces! Pero no puedo responder... ¿qué he de hacer? Encerrado estoy aquí porque ha tiempo estoy pidiendo que me dejen ir a revolver las urnas de votación con ustedes y hacer el mal que se pueda.

Alza la voz como en plegaria:

¡Ah, Zeus el de los retumbantes truenos, múdame en humo al momento, o en Proxénides, o en el hijo de Selos, que es estuche de trampas! ¡No resistas piadoso a concederme el favor, o bien haz que tu rayo, oh señor de las fuerzas, haz que me vuelva ceniza y luego levántame y llévame limpiándome con tu soplo y arrójame en una caliente fritura, o siquiera conviérteme en la piedra en que se cuentan los votos!

Coro: Estrofa.—¿Quién es ése que te encierra y te atranca tan bien la puerta? ¡Dilo, que hablas con amigos!

Filocleonte.— Mi hijo mismo. Pero, por favor, no alcen la voz, que él está arriba durmiendo... ¡bajen, bajen el tono!

Coro.—¡Qué tarugo! ¿qué pretende, al tratarte de ese modo? ¿qué achaque tiene para eso?

rinde: salíale de la garganta el vino con pedazos de carne humana.
Filocleonte.—¡Señores, no consiente en que yo vaya a juicio y en que haga algún perjuicio a alguno! Está muy dispuesto para darme una buena vida, pero yo no quiero que alguno, poseído de miedo, se refugie. Mas cuando la taca Coro. (Con los puños vueltos hacia Bdelicleonte.)—¡Que a eso se atreve el infame! ¿Eso hace este merolico? Tú eres el que dice la verdad a los jóvenes. ¡Ajá, tiene que ser un conspirador, cuando se atreve a tanto!

Corifeo.—Ahora te toca a ti mismo buscar un medio eficaz para que en manera oculta puedas bajar sin ese hombre, debajo con una correa, que asen por ambas extremidades, a aquel Filocleonte.—¿Qué medio podría ser ése? Ayúdenme a hacerlo, que para todo estoy presto. Con estas ganas que tengo de ir por los tribunales y manejar las conchitas con que fallamos el voto.

Corifeo.—¿No habrá por ahí un huequito por el que puedas deslizarte, para salir fuera del muro? Por ahí podrías colarte, como se coló Odiseo, bien envuelto en sus hilachas. ¡Ese sí que era mañoso!

Filocleonte.—Todo, todo está tapiado, ni un resquicio queda ya, por donde se cuele un mosco. A ver si buscan otro medio para que yo me escurra.

Corifeo.—Y, ¿no te acuerdas de aquel tiempo, en que éramos pobres conscriptos, cuando la toma de Naxos, en que pudiste escabullirte por medio de asadores robados por tí, que ibas clavando a la pared, como alcayatas?

Filocleonte.—Me acuerdo, sí... y eso ¿qué? Me ardía sangre de joven en las venas. Era yo aún hábil para robar. Estaba en pleno vigor. Y nadie me estaba vigilando y podía escapar a la hora que me diera la gana. Sin temor ni miedo a ninguno. Y ahora parecen centinelas, a la puerta están apostados con sus armas que parecen asadores, como si fueran a atrapar a un gato ladrón de carne. Y ahí están, los puever.

Corifeo: Antistrofa.—Pues como sea, date prisa. Ya avicina la aurora, ándale abejita mía.

Filocleonte.—Pienso que sea lo mejor que me ponga a roer la red y que me perdone Dictina.

Corifeo.—Eso es pensar como hombre. Ese sí quiere salvarse. Dale fuerte a tus quijadas.

Filocleonte.—Ya la ven; roída está. Por favor, no den ni un grito. No lo sepa Bdelicleonte.

Corifeo.—¡No temas, amigo, no temas! —¡Con que suelte una palabra, lo haré que se muerda el alma y vele por su vida... que aprenda a no pisotear los decretos de las... dos diosas!

Corifeo.—Atate la cuerda al cuerpo y déjate venir por la ventana, lleno el corazón de Diopites.

Filocleonte.—¡Y si me ven esos dos que están allí vigilando y hacen para retraerme y mantenerme adentro, ¿en qué podrán ayudarme? Díganmelo desde luego.

Coro.—Tendremos que defenderte con un ánimo robusto. Y se hará imposible entonces que te tengan encerrado. Eso es lo que hacer pensamos.

Filocleonte.—Lo haré fiado en ustedes... Pero díganlo y piénselo bien. Si algo funesto me pasa, me levantan y me lloran y me van a sepultar a la entrada del tribunal.

Corifeo.—Nada te pasará. Nada temas. Ora, mi fuerte y valiente, déjate caer atrevido y antes aclama a los dioses de tus antepasados.

Filocleonte.—¡Licos, dueño mío, héroe mi vecino, eres semejante a mí que se complace en el lloro de los que son acusados. Siempre benigno no oyes los lamentos de los que están ante el tribunal. Ven acá para que atiendas a este tu fiel vecino, ya que te has establecido en sitio cercano al juicio. Ahora tenme compasión, libera a tu vecino y te prometo que nunca me voy a desaguar ni menos a cosa mayor junto a la cerca de tu santuario!

Oigan primero el asunto, pero, por favor, no griten.

Coro.— ¡Por Zeus que sí y hasta el cielo!

Bdelicleonte.— ¡Sábetelo, no cejaré!

Coro.— ¡No se puede tolerar: manifiesta tiranía! ¿Dónde estás? Teoros, enemigo de los dioses, y dónde los que adulan al frente de toda línea?

Sosias.— ¡Ahora sí, son agujijones, por Heraclés! ¿no los miras?

Bdelicleonte. — ¡Bien los veo, son esos mismos que mataron a Filipo, hijo de Georgias.

Coro.— ¡Ah, sí! Esos mismos te darán la muerte. Cada uno en su lado, saque su agujijón, vaya contra él. ¡Juntos, en buen orden, con furor e ira... ya se dará cuenta del enjambre que en su contra ha provocado!

Xantias.— ¡Las cosas se ponen mal! ¡Por Zeus, hay que combatir! Y yo que tiemblo de miedo cuando veo esos agujijones.

Coro. (A Bdelicleonte.)— ¡Pero deja a ese hombre... Y si no, yo te lo digo, tendrás que tener envidia a las tortugas por su concha.

Filocleonte.— ¡Ahora es cuando, mis amigos y colegas del tribunal, como avispa irritada ataquen por su trasero; -- otros, píquenle en los ojos y en los dedos también!

Bdelicleonte. (Abre la puerta e intenta echar a su padre hacia adentro.)— ¡Ora, Midas, Frix, a ayudar aquí, y tú también Masientias! (Van saliendo los esclavos nombrados).

Sujétenme bien a ese hombre y por nadie lo suelten. Que si no, ya la pagarán en el cepo bien sujetos y en ayuno de largo tiempo.

(Al coro): ¡Ya sé la treta, señores, muchas veces la he sufrido... ¡llamarada de petate!

Sale de la escena.

Coro. (Al principal esclavo.)—Si no lo sueltas luego, ya probarás mi aguijón.

Filocleonte.—¡Ay, Cécrope, héroe, príncipe, por los pies eres dragón...! ¿vas a dejar que estos bárbaros me re- tengan tan vilmente? ¡Esos que yo mismo impuse a beberse sus lágrimas en cuatro medidas!

Coro.—Al ver esto, ¿quién aún niega que la vejez está repleta de males? Manifiesto está. Y véanlo ahora. Esos re- tienen a su viejo amo por la fuerza. Ese que antaño les dio pieles de cabra y túnicas de abrigo para que se resguardaran del rigor del tiempo. Sus gorros de piel de perro, y sanda- lias para los pies que no sufrieran en el invierno. ¿Y si- quiera ahora con una mirada le pagan la diligencia de antes? ¿Se acuerdan acaso de sus viejas sandalias?

Filocleonte.—¿Me sueltas o no, malvado? ¿Ya no recuer- das cuando te pesqué robando las uvas y te até a un olivo y te di tu buena vapuleada? Tan desollado quedaste que dabas - envidia a otros. Ingrato eres de verdad. ¡Suéltente, suél- tente ya, antes de que mi hijo llegue!

Coro.—Bien pronto van a saber lo que se llama justicia. Van a ver cómo castigan los hombres de la justicia.

Sale Bdelicleonte con un palo y una antorcha que da a - dos esclavos.

Bdelicleonte.—Dale, dale, Xantias, echa fuera esas avis- pas de esta casa.

Xantias.—Lo hago ya.

Bdelicleonte.— (Al otro.)—Y ahora tú, con esta antor- cha hazlos huir con el humo.

Sosias.—¿Se largan o no? ¡Qué diablos! Ya las vamos - ahuyentando.

Bdelicleonte.—Tú con tu palo y tú con tu antorcha echa fuera a Esquines, el hijo de Selarcio.

Xantias.—Tienen que irse, tienen que irse y ya van re- trocediendo.

Bdelicleonte.—No, no las echarás fuera, si acaso oye- ron un día y estuvieron saboreando los cantos de Filocles.

Coro.—Claro cual la luz está que para los pobres fue - implantada la tiranía, lentamente, suavemente. Pero tú el -- descendiente de Aminias, de larga cabellera y mañas, has anu- lado las leyes que regían a la ciudad y ahora sin ninguna ba- se, sin ninguna base, sin ninguna autoridad, pretendes domi- nar todo.

Bdelicleonte.—Vamos, ¿no será posible que sin estar ba- tallando y sin gritos desaforados, nos pusiéramos en orden y entráramos en armonía?

Corifeo.—¿Tus palabras, oh gran pícaro? Eres enemigo - del pueblo, partidario de la tiranía de un hombre, nada menos que Brasidas. Llevas tus franjas de lana y hace tiempo que no te cortas la barba.

Bdelicleonte. — ¡Sí, por Zeus, mejor sería que me sepa- rara de mi padre, para no tener tantos enojos como estos que día a día tengo que soportar!

Corifeo.—Ni en el principio te hallas, no eres perejil o apio, y por eso dejas ir esos versos de a centavo. Nada te pasa ahora , sino cuando el sinégora te haga ver tus mil - errores y acostarte con la justa acusación. Eres un conspira- dor.

Bdelicleonte. — ¡Vaya, ya, por todos los dioses...! ¿No se largarán de mi presencia? ¿Hay algún decreto de que me estén moliendo todo el día?

Corifeo.—¡No y no, claro que no! Mientras tenga yo un - aliento, porque tú a tirano apuntas.

Bdelicleonte.—Eso sí, para ustedes todo es tiranía, todo es conspiración. Chica o grande, la cosa, allá la dirigen

¿Tiranía? Hace cincuenta años que ni el nombre he oído. Pero ahora es algo vulgar. Como el pescado salado, y eso es lo que se oye ahora en las plazas y en los mercados.

Si alguno compra orfos y no quiere anchoas, luego el que vende éstas alza la voz quejándose: "Este quiere darse gusto como la tiranía." Y si otro compra puerros para darle sazón a sus sardinas, la verdulera dice viéndolo de reojo: "Hum, cómo qué me pides puerros? ¿Intentas restaurar la tiranía? ¿Estás pensando que Atenas te va a dar para tus condimentos?"

Xantias.—Eso es, y hasta la muchacha con quien entré ayer por la tardecita, porque la invitaba yo a ciertos juegos hípicas, me preguntó mañosa: ¿A poco quieres restaurar la tiranía de Hipias?, y se llenó de enojo.

Bdelicleonte.—Eso es lo que les gusta a éstos estar oyendo ahora, y hoy mismo, a mí que me propongo que mi padre quede libre de su manía y haga a un lado delaciones y juicios y tonteras, que no salga tan temprano de su casa y se dé una vida digna de Morico, me acusan de conspirar y de que intento restablecer la tiranía.

Filocleonte.—Y, por Zeus, que lo merece justamente, porque yo no quiero dejar esa vida, aunque me dieras pechugas de ángel. A mí no me llenan ni pescados finos, ni anguilas, lo que me llena es un procesito, bien cocidito con su salsa, en la estufa.

Bdelicleonte.—Por Zeus, es que te encanta andar en esos enredos. Pero, óyeme, por favor, calladamente y te haré ver que en eso estás cometiendo muchos errores.

Filocleonte.—¿Errores al ejercer el juicio?

Bdelicleonte.—¿No te das cuenta de que eres hazmerrear de la gente esa, ante la cual casi te postras en acatamiento? Sin darte cuenta, eres un esclavo.

Filocleonte.—¿Esclavo yo? ¡Si a todo el mundo yo gobierno!

Bdelicleonte.—¡No, señor! Tú lo sirves creyendo gobernarlo. Y venos diciendo, padre, ¿qué provecho sacas de hacer que la Hélade toda rinda sus tributos?

Filocleonte.—¡Grandísimo... y aquí están mis colegas que lo digan! Quiero que ellos lo juzguen.

Bdelicleonte.—Yo también. (A los esclavos.)—Sujétenlo ahora.

Filocleonte.—Denme también una espada. Si quedo vencido en este alegato, me atravesaré con la espada. (Le dan una espada.)

Bdelicleonte.—Dime, tal vez, ¿no aceptarás su resolución?

Filocleonte.—¡Nunca beba el vino puro en honor del dios benigno!

Coro: Estrofa.—¡Ahora tú, que eres de los nuestros, te toca decir lo justo no cosas nuevas al gusto...

Bdelicleonte.—Y todo lo que diga él lo voy a poner en letras para que sea un memorial. Vamos, pronto unas tabletas...

Coro.—...de este hombre jovenzuelo. Estás viendo: es un alegato en que todo se discute. ¡No vaya a ser que te venza y todos salimos raspados! ¡Eso que nunca suceda!

Filocleonte. (A su hijo.)—¿Qué casta de hombre eres tú, que tan bravo te me pones?

(Al Coro.)—¿Qué pasará, si éste vence? ¡Díganmelo, por favor!

Coro.—¡Ya no habrá grupo de viejos, ya serán del todo inútiles y burleta de los otros! Cuando vayamos por las ca-